

Artículo recibido: 12 de marzo de 2025

Artículo aprobado: 4 de abril de 2025

SECCIÓN: Teorías geográficas, geografía de la cultura y la vida cotidiana

Número 29 /ISSN: 2248-5376

Paisaje y lugar: Un análisis de la cocina antioqueña en el barrio Las Palmas, Medellín

Landscape and Place: An Analysis of Antioquian kitchen in Las Palmas Neighborhood, Medellín

Paisagem e Lugar: Uma Análise da Cozinha Antioquena no Bairro de Las Palmas, Medellín

Sebastián López Tabares¹

Resumen

Este artículo deriva de un proyecto llevado a cabo en el semillero de investigación en geografía, GEOSEM, de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Se analizan las cocinas del barrio Las Palmas de la ciudad de Medellín en función de dos conceptos: paisaje y lugar. En vista de lo encontrado, se plantea la posibilidad de entender a la cocina como un paisaje, así como la problemática dada por la tensión local-global en la construcción de lugares, siendo la cocina tomada como un lugar en el que esta disputa se manifiesta. A partir de relatos y entrevistas se da cuenta de los sentidos que tiene la cocina, que la proponen como un espacio rico en temporalidad y tradición, mismas que actúan como elementos de parciales resistencias ante las configuraciones de lo global.

Palabras clave: cocina; paisaje; lugar; globalización

¹ Estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquia.



Abstract

This article derives from the research done in a project, carried out in the research hotbed in geography, GEOSEM, of the Faculty of Education of the University of Antioquia. The kitchens of a neighborhood of the city of Medellín, Las Palmas neighborhood, are analyzed according to two concepts: landscape and place. In view of what has been found, the possibility of understanding cuisine as a landscape is raised, as well as the problems given by the local-global tension in the construction of places, the kitchen being taken as a place in which this dispute manifests itself. From stories and interviews, he realizes the meanings that the kitchen has, which propose it as a space rich in temporality and tradition, which act as elements of partial resistance to the configurations of the global.

Keywords: kitchen; landscape; place; globalization

Palavras-chave: culinária; paisagem; lugar; globalização

Resumo

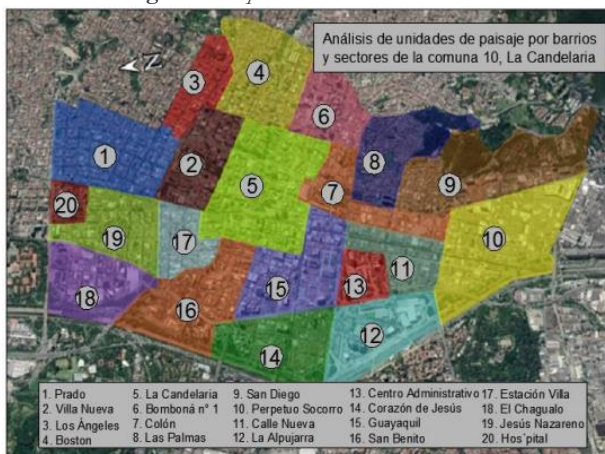
Este artigo deriva de um projeto realizado no âmbito do grupo de pesquisa em geografia GEOSEM, da Faculdade de Educação da Universidade de Antioquia. Analisa as cozinhas do bairro de Las Palmas, em Medellín, com foco em dois conceitos: paisagem e lugar. A partir das descobertas, o artigo propõe compreender a cozinha como uma paisagem, bem como explorar os desafios impostos pela tensão local-global na construção de lugares, com a cozinha servindo como um espaço onde essa tensão se manifesta. Por meio de narrativas e entrevistas, o artigo revela os diversos significados associados à cozinha, apresentando-a como um espaço rico em temporalidade e tradição, que atuam como elementos de resistência parcial à globalização.



Introducción

El presente artículo deriva de un proyecto de investigación; parte de la cuestión por tres elementos “vividos”, cotidianos en lo social y lo humano, conceptualmente distintos, aunque imbricados en la experiencia². Paisaje, cocina y lugar son pues, enrutantes analíticos y conceptuales del presente proyecto, y tres tipos de “experiencias espaciales” que asisten y construyen la vida del sujeto. Esta investigación se desarrolla en el Barrio Las Palmas, de la Ciudad de Medellín, Colombia. Pertenece a la comuna 10, La Candelaria, ubicada en la zona centro oriental de la ciudad que comprende todo el llamado “centro” y barrios históricos diseminados por sus delimitaciones, como el histórico Barrio Prado, llegando al nororiente de la ciudad, y limitando con el Río Aburrá por su extremo occidental.

Figura 1. Mapa de las comunas de Medellín



Fuente: Toro, H. (2021). Estudio sobre el Paisaje Urbano Histórico de la Comuna 10 La Candelaria, Centro de Medellín.

Paisaje, cocina y lugar están vinculados y estrechamente relacionados con el plano cultural, existencial y experiencial del sujeto y el colectivo, por cuanto le suponen constructores de sus nociones, de sus referentes de espacialidad. De aquí se

ligan en y por el lugar: los tres son constructores de identidad, anclas de la vida espacial y cultural. El paisaje vincula al sujeto con su entorno, y de aquí se sigue un proceso de identificación de carácter socioespacial. Desborda las consideraciones que, en la dualidad espacio externo-espacio interno, les conminan a las morfologías del exterior, y desborda sus acepciones meramente visuales: recuerdos, nostalgias, sabores, olores, disposiciones, distribuciones, enseres que constituyen de manera compleja el paisaje (Nogué, J. 2007).

La cocina es un espacio social y culturalmente construido, cuya amplitud de prácticas constitutivas, son una expresión definitoria y singular de un grupo social; la cocina es una espacialidad que supone el nicho de sentido de una cultura, una espacialidad central de la cultura. La cocina es la concreción espacial que será analizada y que está sustentada en sus sentidos y significaciones por el paisaje y el lugar. Es decir, es el espacio que aúna estos conceptos y las prácticas que les atañen. Por su parte, el lugar es otra consideración compleja de la vida y la experiencia espacial humana (Lindón, A. 2006). Es la formulación también afectiva, existencial y operativa que se dirige al espacio y le otorga una suerte de legitimación o no, connotando la experiencia que de él y en él se tiene.

La cocina es analizada y entendida como un paisaje de la cultura en la medida en que el paisaje es entendido como una *manifestación toda* (que no superficial ni agotada en el afuera y lo aparente) de un entramado cultural; además se integran en ella los sentidos del lugar: la cocina es un espacio de lugarización de la cultura, un espacio insoslayable de y para la preservación cultural. Tan distinta es de un grupo a otro como de otros espacios, que puede tener la capacidad de decir mucho sobre aquel grupo por el cual se indaga: denota su sedimentación y constitución histórica; como práctica, el cocinar; como espacio, la cocina, suponen formas de lugarización que implica el emplazamiento y el afianzamiento de la cultura. Asimismo, cada cocina tiene un valor para quien la habita, y en estos filtros de lo temporal/espacial, lo individual/colectivo, local/global están el paisaje y el lugar para inquirir los porqués de sus configuraciones y formulaciones.

² Para una noción de experiencia tomo las palabras de Varela, P.A. (2019): “...la experiencia dejó de ser vista como un complejo anecdótico del individuo, aleatoriamente vinculado a diferentes dimensiones de la realidad, para entenderse, por el contrario, como reflejo de la constante vinculación de la naturaleza humana con la espacialidad que la constituye en relación constante (p. 28).



De este modo, la cocina es analizada y entendida, a la luz de autores y autoras como Denis Cosgrove (2002), Joan Nogué (2007) y Alicia Lindón (2006) como un paisaje y un lugar, en el que se despliegan narrativas y memorias; es decir, será tomada como un espacio en el que cabe articular las conceptualizaciones que sobre paisaje y lugar tienen estos autores y autoras. También un lugar que conecta con lo global (Massey, D. 2004), para analizar intersecciones, diálogos y demás procesos que se advirtieron en la investigación.

Sobre una tensión local (lugar) - global

Cada cocina es distinta y distintiva, siempre cargada y sustentada por importantes connotaciones culturales, afectivas, experienciales, y de aquí tanto su carácter paisajístico, como su plena inscripción en el concepto de lugar. De suerte que la premisa del artículo sea: la cocina no es ocasional, ni lo son sus prácticas, representaciones y concepciones; es importante por cuanto su contenido, la comida, es condición de posibilidad de la cultura, su viático en el tiempo, su estructurante misma. Es la muestra fidedigna de la cultura con el medio, circunscrita en su espacialidad; un espacio predilecto para su lugarización y construcción de paisaje.

En sociedades y espacios globalizados como los que se viven actualmente, la pregunta por estas nociones tiene singular importancia en la medida en que puedan entenderse como “elementos celulares” de lo social, lo humano, lo geográfico y suponen los puntos espaciales concretos donde los fenómenos se dan. Una pregunta pertinente para dar con el sentido de la afirmación que se busca sería: ¿Cómo intervienen, se instalan, repelen o negocian los elementos “globales” con el lugar, el paisaje y la cocina? El espacio no es ajeno ni podría serlo, a la concepción de signo global y homogeneizante. Del espacio, pues, *se dispone*, en función de fuerzas globales industriales, políticas y de mercado.

Los cambios espaciales dados por los preceptos de la eficiencia de la renta, la optimización del tiempo, la funcionalidad del flujo (y) del cuerpo no solo afecta a los espacios en tanto morfología global y externa, en tanto espacio-totalidad de la

ciudad, sino también a los “lugares” o los “espacios interiores” como la casa o la cocina. Esta ha sufrido cambios paisajísticos luego de las décadas medias del siglo XX, pues el auge global de la industrialización extendió sus influencias a la vida doméstica, reformulando las formas y los tiempos de un lugar como la cocina. Esto es, el espacio doméstico, el espacio de la cocina, se configura en función de un principio de optimización y eficiencia idéntica a la que ocurría con los obreros y las industrias:

Los ingenieros y arquitectos las han transformado profundamente desde la década de los cincuenta, tanto en Europa como en América del Norte, decididos a convertirlas en espacios hiperfuncionales, conforme al modelo de organización de las líneas de montaje de las grandes fábricas. La distancia entre el cuerpo de la mujer en la cocina y el conjunto de los objetos (...) estaba estrictamente calculada para limitar al máximo los movimientos “inútiles” (Collignon, B. 2010, p. 208).

Articulando, se dirá que el paisaje, por tanto, también puede ser una producción dirigida, una dictaminada “manera de ver”, con Nogué (2007), se dirá: “...las miradas acostumbran a no ser gratuitas (...) y responden a una ideología que busca transmitir una determinada forma de apropiación del espacio” (p. 12). El ordenamiento espacial y las formas de experimentarlo parten de una programación del espacio que puede obedecer a poderes subrepticios; de ahí puede producir disposiciones, ritmos, patrones de significado. La comida, por ejemplo, es cooptada por sus formas, y dentro de un contexto de ciudad en lo que atañe a la cocina, hay una miríada de posibilidades para su intromisión.³ En palabras de Grisales, C. (2024), es innegable que asistimos a un proceso de “deslugarización” de la cocina:

La comida se libera de la casa y se puede conseguir elaborada, transformada en restaurantes, cadenas de supermercado o ser llevada a casa ya lista, con lo que la cocina solo se convierte en un espacio de pequeñas intervenciones para calentar, refrigerar, y la mayor parte de las veces disponemos de aparatos eléctricos o electrónicos para que hagan esta labor por nosotros. De esta manera la cocinera tampoco

³ Gómez, D. y Negrete, G. (2012) advierten que en el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia (ALEC)* se encontraban más de un centenar de nominaciones para el frijol. Sin

embargo, apuntan, muchas de estas vienen cayendo en desuso y suponen, entre otras, a la globalización como una de sus causas (p. 74).



es necesaria, pues además de ser suplantada en primera instancia por dispositivos técnicos, también lo es por omisión del espacio donde tenía lugar su ejercicio (Grisales, C. 2024, p. 161).

La cocina como espacio de alternativas

No obstante, hay que agregar matices. La cocina es un espacio peculiar para el análisis de la producción espacial en términos de lo global-local⁴, pues es un espacio de síntesis de sentido cultural; un espacio de sedimentación y de sensibilidades de la memoria, la identidad y la significatividad cultural, es un espacio de emplazamiento de un acervo cultural. Un espacio donde la vinculación sujeto-espacio tiene intensos afectos, aunque muchas veces se desconozca y aparezca más por nostalgia y sentimiento que por convicciones y posiciones; pero aún en esta aparente inadvertencia de las posibilidades políticas de la cocina, las intensas sensibilidades, los significados que la sustentan, contribuyen a operar en una forma de resistencia o de no aceptación inmediata de muchos elementos globales. Desde todas las aristas por las cuales es posible advertirla, la globalización introduce sus signos. Sin embargo, menos que un resultado o un asunto consumado, se trata de un proceso que no siempre encuentra el camino perfectamente zanjado.

La cocina es un paisaje que denota constituciones históricas de la cultura. En especial, en una región como la latinoamericana, ha engendrado apuestas políticas y potentes reivindicaciones en múltiples planos que la posicionan como alternativa emancipatoria. De ahí la proposición según la cual, zanjada la consideración de sus alcances políticos, se erige en contendora de la globalización expropiativa; existe el ejemplo de la oposición encontrada, y muy vigente, entre Soberanía y Seguridad Alimentaria.⁵

⁴ Por hablar de tensiones, algunas de las cuales son: Global-Local, o en específico una condición espacial de emergencia de las cocinas barriales de Medellín, que encuentra su acervo en una espacialidad rural, la pregunta por las tensiones es interesante. Con Nogué (2007) se justifica: "La globalización se expresa a través de la interrelación entre las fuerzas de la comunidad global y las de la particularidad cultural, en una tensión continua entre fragmentación y homogeneización" (p. 136).

⁵ Entre estos dos conceptos y formas de representación se juega una pugna que puede analizarse inscrita en la dualidad global-local y sus proposiciones políticas. Mencionan

No es posible entender las grandes categorías como asuntos teleológicos. Como si solo se pudiese hablar de ellas apenas hayan concluido, apenas se hayan consumado. Antes bien, esta sería una interpretación que no permitiría una acción política y conciente ante la cuestión; socavaría las posibilidades de asunción del lugar de la cocina como una viabilidad política, de acción y oposición frente, por ejemplo, a las formas alienadas en las que se hace participar el sustento elemental de las familias, dentro de un circuito de consumo. Así, la cocina es un lugar que se encuentra en intensas intersecciones, de posibilidad y de restricción; de reproducción o de resistencia respecto a las formas en que la globalización se va introduciendo. En función de la consideración con la que inicia este párrafo, es menester no perder de vista que en la acción cotidiana (de la cocina) ya están sucediendo las posibilidades de la oposición, tanto como las sugerencias y materializaciones de la globalización.

Figura 2. Olla Airfryer relegada.



Fuente: archivo personal, noviembre de 2024.

En suma, ¿qué ocurre en las cocinas, en el interior de esta instancia del hogar y la cultura que tanto peso tiene, respecto

Buitrago, A y Echavarría, M. (2022): "...la apuesta de la seguridad alimentaria está guiada por una nutrición del otro al que le doy la condición de "carente de..." y la soberanía alimentaria plantea una pregunta por la comida en sus múltiples dimensiones, donde las comunidades tienen la posibilidad de elegir qué comer, cómo comerlo y cómo producirlo, de esta forma lo suscribe Vía Campesina, siendo el fin último construir lo comunal en una apuesta por un sujeto digno." (p. 17).



a un proceso con su ansia totalizante? ¿Cómo dialoga, negocia, repulsa o sucumbe una cocina, especialmente en un contexto de ciudad?

Posicionamiento teórico

Cocina

La cocina se entiende aquí por una conjunción: una entidad producida y/o construida geográfica y antropológicamente. Es decir, la cocina excede sus cualidades elementales, entendidas como espacio para la nutrición, transformación de alimentos, y de tareas cotidianas y domésticas, y pasa a considerarse parte estructurante de la identidad del grupo social. Asimismo, excede las nociones que la relegan a ser “un espacio más” de lo doméstico, e ingresa a ser una categoría de lo doméstico que lo conecta, no tanto con lo público, sino con lo colectivo, lo identitario, lo histórico, lo político. Es un *lugar* en un sentido peculiar de lo social y lo doméstico. Por esto, más que alimentarse, como necesidad biológica, “comer es digerir culturalmente el territorio” (Delgado, R. 2001, p. 84). Y así mismo, el ingreso a la cocina es el ingreso a un lugar que tiene fuerza tanto por su intensidad experiencial espacial, como por la extensión de tiempo cultural que la sustenta. En justificación de esta singularidad, se tiene que la cocina se compone por, y funge como coordenada del ordenamiento cultural, pues como dice Grisales, C. (2024) “La cocina es un espacio socialmente construido, en el que opera la transformación de los alimentos; su distribución y ordenamiento, dependerá de las lógicas en las que una cultura establezca su relación con la comida” (pp. 151-152).

La cocina define la sedimentación, la construcción, la duración y la cohesión distintiva de un grupo social: “La cocina es, pues, un espacio de vínculo social, y lo es también lo que en ella se produce” (ídem. p. 159). La cocina en tanto lugar como quien asuma como su sujeto (cocinero - cocinera) son elementos legitimados de la sociedad cuya importancia no debe restarse ni restringirse en favor de otros discursos o consideraciones, obedientes más bien a formas del mercado.

Paisaje

En su fascinante complejidad, denota una experiencia enteramente *vivida*, más que virtual del espacio, es decir, que expone las distancias con las que se emparentaba en sus antiguas

acepciones según Cosgrove (2002). El paisaje es la experiencia de la incorporación del espacio y la auténtica integración en él; los sentidos que facilitan la ulterior comprensión de sus distribuciones y disposiciones.

Este geógrafo británico nos indica (Cosgrove, D. 2002) una concepción que se tendrá por esencial para las consideraciones de este proyecto: “El paisaje (...) no se puede confinar de ningún modo a la geografía visible” (p. 64). Como elemento hermenéutico y vivencial del espacio considera no sólo su apariencia sino su profundidad. Entiéndase, pues, el paisaje, como forma de expresión, de emanación de los significados entrañables de los seres humanos y la cultura. En línea con el argumento y la perspectiva cultural, también dirá Cosgrove que el paisaje es un constituyente identitario, y un nodo referencial en el que las identidades se ven afirmadas (Cosgrove, D. 20029).

Por otro lado, tomaremos la perspectiva de Joan Nogué quien toma una concepción del paisaje de carácter colectivo, como un “resultado” o “producto” social (2007. p. 11), desbordante de la entronización de lo visual y de viniente. Por resultado, culturalmente hablando, no se suponga la forma última, sino un estado actual y de viniente de relaciones contingentes que se enmarcan en una tradición, y en un marco mnemónico. Asimismo, de su carácter colectivo debe desprenderse la construcción, no solo de un paisaje, sino de un modo de ver y hacer el paisaje mismo. La forma sería un modo singular y distintivo del paisaje; aquella por la cual se habilitan las percepciones que ubican o desubican a un sujeto en el espacio. El paisaje, entonces, se supone dentro de unos “modos de ver”, que a su vez van siendo el relato gramático-social del grupo que lo proyecta, es decir, un marco y un contenido espacial sedimentado históricamente por múltiples variables de distintas dimensiones: “El paisaje, por tanto, nos muestra no solo cómo es el mundo, sino que es una construcción, una composición de este mundo, una forma de verlo” (Nogué, 2007. p. 12).

Concibiendo el paisaje como algo más que lo aparente y lo visual, y dándole participación en la construcción de significados culturales y agenciamientos políticos, este adquiere protagonismo en la vida espacial. No es solamente lo que se ve, sino y más importante, implica la posibilidad de asunción e interpretación para la construcción de sentidos espaciales; el paisaje es tanto el entendimiento como la comprensión del



espacio, como la apertura a sus posibilidades. Y esto, excediendo el paradigma de lo visual, dándole participación al cuerpo en todos sus sentidos, es decir, haciéndolo entero partícipe del agenciamiento espacial. Considérese un argumento más en la formulación cultural del paisaje: los modos de percibir obedecen a atavíos culturales, que no por la preeminencia de los tiempos actuales atribuida al individuo, hay que soslayar. La percepción del paisaje obedece a “vertientes narrativas”, a modos de haberse posicionado en el mundo y el espacio social, al tenor de las identidades. Por tanto, es lícito aseverar que, con las agencias y posibilidades del sujeto, la forma de consolidar la vida espacial es a través de la constatación de la idea instalada de paisaje. La *participación* en el paisaje implica tanto la inscripción al acervo cultural como las propias motivaciones.

Lugar

Cada acepción del espacio geográfico, cada concepto que lo constituye y con el cual se analiza, destila un elemento distinto respecto a los otros, aunque no se descarte en los planteamientos de este artículo, que hay una relación inextricable entre todos. Para el caso del lugar, iniciaremos con palabras de Alicia Lindón para delimitar lo que se entiende de este: “En este sentido, el lugar representa certezas y seguridades otorgadas por los límites de lo conocido. Los límites del lugar expresan hasta dónde se extiende el contenido simbólico de los elementos objetivados (...)” (2006, p. 378).

Ciertamente el lugar supone anclajes y centralidades diversas que posibilitan las referencias espaciales, la construcción de espacios con sentido. Son anclajes de valor del espacio y, en obediencia con lo expresado en la cita, se podría añadir que un lugar empieza a construirse por las prácticas que van haciendo a un sujeto *próximo* a un espacio; el lugar implica una aproximación constante al espacio, que empieza a ser cargado de sentidos y afectos que justifica la relación de un sujeto con un espacio particular. Para continuar afianzando esta idea, tomemos otra premisa de Yi Fu Tuan: “Lo que puede comenzar como un espacio indefinido se transforma en lugar a medida que lo conocemos mejor y tratamos de valor” (1977. p. 4).

Es preciso entender al lugar como un elemento experiencial (Tuan) y existencial (Nogué) del espacio geográfico. Es decir, si como dice Yi Fu Tuan, el espacio es una categoría más

abstracta respecto al lugar, el lugar viene a ser una delimitación antropológica y profundamente humana del espacio geográfico, es la humanización del espacio geográfico. El espacio deviene lugar por una producción de afectos, sentires, narrativas, memorias que van cargando de justificaciones para habitarlo y brindarle al sujeto o grupo que lo habita, un marco espacial de referenciación tanto material como simbólica: “Los lugares son los puntos que estructuran el espacio geográfico, que lo cohesionan, que le dan sentido” (Nogué, 2014, p. 157). Son unidades complejas que van moldeando el espacio, que van dando cuenta del modo en que lo humano que lo habita, se relaciona con él. Acaso se pueda decir que el lugar es un punto molecular del espacio geográfico: “El espacio geográfico tiene que ser visto y entendido como una inmensa y apretada red de lugares “vivididos”, todos ellos diferentes. El lugar proporciona el medio principal a través del cual damos sentido al mundo y a través del cual actuamos en el mundo” (p. 157).

La característica del lugar y lo que le hace ser tal, es la posibilidad de recreación, de tipo multidiversa y compleja, pues se trata de un asunto tan singular como colectivo. Todos los modos de representación, auto representación, enunciación, tienen posibilidad en el lugar, y en la *lugarización* va encontrando el ser humano un anclaje de su biografía. Pero el lugar viene también sustentado históricamente. Es decir, le acompañan sentidos y significados otorgados por la cultura en tiempos que nos anteceden y en nuestro propio trasegar nos adscribimos a aquellos significados o no, o los resignificamos. Pues ciertamente no hay que negar que ha habido construcciones históricas de los significados atribuidos a los lugares, y la cocina, para nuestro caso, es buen ejemplo de ello. Ha sido un lugar cargado con los signos de lo femenino y en muchas ocasiones desmeritado, así como añorado y devenido en grato recuerdo. Esto es, asuntos mnemónicos y narrativos justifican un sentido del lugar que dan existencia y operación coherente al lugar en un ámbito social, de suerte que las construcciones de lugar obedecen al tiempo social y cultural.

El análisis del lugar también ha de abarcar más allá de la singularidad existencial del sujeto que con él se relaciona. Es preciso hacerse a una comprensión interconectada de los lugares (Massey, 2014), cómo las situaciones de orden global los van moldeando y con ellos, sus representaciones y prácticas y van suponiendo una relación con el lugar que puede



llegar a advertirse y/o tornarse ideológicamente problemática. En el análisis posterior de la investigación se hará referencia a ello. Los lugares no se quedan en la singularidad del sujeto que los afecta y es afectado por ellos; el lugar se establece también en orden y obediencia con un modo de producción. No puede obviarse, pues, la tensión existente y que se salta a la luz en la investigación. Ramírez y López (2015) lo mencionan así, dando paso por el desarrollo marxista del concepto:

...no era la singularidad y la unicidad de los lugares lo que era relevante, sino la forma en que se vinculaban con otros lugares, la forma como se producían las interconexiones globales y la interdependencia, en el marco del desarrollo del capitalismo contemporáneo. Con ello, los marxistas iniciaron el análisis de lo local, en relación con lo global (Ramírez, B. y López, L. 2015, p. 167).

Aproximaciones metodológicas

Esta investigación en virtud de sus intenciones, se realizó desde un enfoque cualitativo. Esto implica algunos asuntos fundamentales, por ejemplo, un “cambio de escala”, pues el objeto a indagar en este caso es la interioridad del hogar; de aquí se sigue que de tal interioridad del hogar se indague por formas particulares de construir un significado que es cultural, espacial y familiar atribuido a la cocina; estamos hablando entonces de una “interioridad” (Galeano, 2004) social vivida en el hogar. Fundamentalmente, el enfoque adoptado y al cual se adaptan los postulados y pretensiones del proyecto, posibilita desentrañar significados, auscultar en los sentidos y escudriñar los patrones de la realidad y las concepciones del paisaje y el lugar.

De acuerdo con esto, el método que se encontró más apropiado para llevar a cabo la indagación fue el estudio de caso. Desde este se considera una peculiaridad del fenómeno, y es que le considera en su cualidad relacional. Dirá Stake (1998), que el estudio de caso es el estudio de “la particularidad y la complejidad de un caso singular, para llegar a comprender su actividad en circunstancias importantes” (p.11), atribuyéndole las cualidades propias de una investigación con enfoque cualitativo, se argumenta en favor del estudio de caso dentro de los marcos epistémicos de lo social en lo metodológico, Galeano, M. E. (2018), así lo constata cuando menciona que:

“Estos estudios producen mucha más información detallada acerca de un caso que la que se puede adquirir por medio de métodos estadísticos, y son esenciales para entender el comportamiento humano” (p. 86). De aquí que el estudio de caso permite coherencia con un enfoque y una posición teórica y metodológica de lo social que indague por las formas en que la realidad es interpretada por los sujetos que la habitan.

En atención a estas consideraciones metodológicas, se consideran dos técnicas pertinentes para la identificación de los significados y valores atribuidos a las cocinas del barrio Las Palmas, estas son: la entrevista semiestructurada y la observación participante. Desde estas se plantea una perspectiva *in situ* y comprensiva desde la cual estos significados se hacen inteligibles, permitiendo además analizar elementos comunes en distintas casas, desde las narrativas de las cocineras. Desde aquí se buscó el reconocimiento para, según las formas de habitar, establecer una coherencia entre los conceptos tratados y su manifestación en la cotidianidad de estos espacios.

Hallazgos

Las cocinas del barrio Las Palmas expresan las imbricaciones que se pretendieron argumentar a lo largo del artículo. En efecto, la implementación de las técnicas de investigación permitió advertir la amalgama de relacionamientos que coexisten en la cocina, los afectos y sentidos que allí tienen lugar, y que fluctúan entre las habituaciones culturales y las novedades que van entrando a participar, en distintas categorías: materialidades y temporalidades, trayectos, recetas, usos del espacio.

La cocina en este caso, habría de analizarse de manera intersectorial. No es lícito aseverar que la globalización acaezca en ella sin que ofrezca resistencia, pues los relatos, los más sedimentados por el tiempo, los consagrados en las mujeres cocineras, son compatibles con ciertas renuencias de estas a muchos artefactos y tiempos estandarizados y acelerados. No obstante, las cocinas de este barrio se instalan en el espacio urbano, en la ciudad de Medellín, por lo que se plantea la tensión entre elementos que no ingresan, pero otros sí. Ejemplo de esto se encuentra en cada cocina visitada, en la que hay por lo menos un objetopreciado en función de su tiempo. El tiempo como también legitimación del paisaje aparece insistentemente en la cocina, dándole valor a algunos



objetos en una de las casas, por ejemplo, tenemos la totuma (Ver figura 3) que heredó de su tía hace 60 años:

- Sthella: ¿Esta era, ma, suya o de Rubiela? Esta totuma.
- Doña Nelly: La tía.
- Sthella: Imagínese, de la tía de nosotros.
- Sebastián (Entrevistador): ¿O sea cuánto?
- Sthella: Jum. Yo le pongo por ahí qué, ¿tendrá unos 60 años?
- Doña Nelly: Por lo menos.
- Sthella: Entonces mamá en su totumita le gusta picar lo que es revuelto: la papa, el plátano (Entrevista, Sthella, noviembre de 2024).

Y no solo es la tenencia, sino que el objeto es de uso restringido para la madre que cocina, la cocinera del hogar: “¡Mamá cuida su totuma! Se la tenemos que cuidar porque... No la toca sino ella porque ella es la única que hace en su totuma” (Entrevista, Sthella, noviembre de 2024). La atribución de valor a los objetos se acentúa por su duración, por su carácter temporal, la función del tiempo entra para legitimar y aumentar el valor de las cosas en la cocina. De hecho, la cocina de esta casa en general no tiene objetos “nuevos”; Las mujeres cocineras de esta casa guardan cierta reticencia por los objetos tecnológicos actuales. Desde la nevera, pasando por la estufa y hasta las distintas ollas y enseres menores: “Es que como aquí no nos acostumbramos, ¿cómo le digo yo?, a la tecnología. Por ejemplo, esta es la cafetera (ver figura 4), que es vieja y yo buscándole un reemplazo, porque, no nos... tenemos eléctrica, pero no nos gusta”. Y dice, además: “Claro que allí está la olla arrocera pero está es de adorno, para guardar bolsitas será, porque no nos da el mismo gusto que hacerlo acá. Un arroz queda mucho mejor aquí”. “Esta es la olla del aguapanela de toda la vida; el pocillo, que siempre nos gusta el pocillito ahí” (Entrevista Sthella, noviembre de 2024).

Figura 3. Herencias. Totuma



Fuente: archivo personal, noviembre de 2024.

Similar ocurre en casa de otra cocinera, de cuya estufa no quiere deshacerse, aduciendo: “Yo de esta estufa no salgo, aunque ya se ve muy dañadita, porque es que hoy en día ya no las venden con el fogón de luz, solo con fogones de gas; entonces yo no tendría dónde hacer mis arepas” (Entrevista Maria Isabel, abril de 2025). Esta estufa lleva en aquella casa desde 2007.

Se advierte una insistencia en la permanencia de los objetos que les evocan no sólo por el objeto en sí, el pasado, sino por lo que el objeto posibilita. La atribución de duraciones a los objetos no se explica solamente por el objeto, pues, sino porque posibilita la salvaguarda de sabores de antaño que, dicen, se distorsionan cuando ingresan los objetos tecnológicos. Los objetos de la cocina están y se usan. Su condición temporal no es por el mero estar, sino que se siguen usando; no es tan solo la aspiración de quien nostálgicamente quiere resguardar y preservar. Duración y uso mantienen vivas las prácticas de la cocina, como si de algo tradicional que se mantiene, se tratara.



Figura 4. *Olla con aguapanela*



Fuente: archivo personal, noviembre de 2024

La cocina en el barrio excede sus usos elementales. Desborda su destinación como espacio para la transformación de alimentos y deviene en lugar de reunión, de encuentro, de conversa. En una de las casas, se decía: “Aquí hay un comedor y una sala que prácticamente no se han usado. Que la cocina es la sala de visitas. Hay una invitación y es todo el mundo pa’ la cocina. Aquí se habla, aquí se come, lo que sea” (Entrevista, doña Olga, noviembre 2024). La cocina se equipará a la que en las casas urbanas, es la sala de estar, como sitio social por excelencia de la casa. Aquí la cocina se lugariza como punto central de la casa, como una centralidad que convoca y reúne. De aquí podría decirse que la cocina comanda las dinámicas de la casa, pues se trata de una relación entre cocina y casa habitada. En otra casa la situación era similar:

- Sebastián (Entrevistador): Hay muchas casas en donde la cocina sirve para muchas otras cosas más que cocinar...
- Entrevistada: Para hacer visita.
- Sebastián (Entrevistador): Para hacer visita. ¿Aquí también es así?
- Entrevistada: Sí (Entrevista, doña Teresa, febrero 2025).

Y continúa diciendo: “Por ejemplo, yo me siento aquí a trabajar, y mi mamá es ahí cocinando y yo me paro y me siento con ella. O mientras ella está haciendo alguna cosa yo me

hago ahí al lado.” Y la madre complementa: “O vienen mis amigas por la mañana a tomar tinto y yo les hago el tinto y ellas están ahí...” (Entrevista, doña Teresa, febrero de 2025).

A mayor habitación de la casa, tanta más habitación de la cocina. Se encuentra una relación indivisible entre el habitar la casa, que concentra sus intensidades en la cocina, una cocina que permanece abierta. Tal caso se presenta en casas cuya cocinera es una madre de mayor edad. A esto se aúna un gusto por cocinar que justifica un tiempo indeterminadamente abierto del lugar de la cocina. Dos madres cocineras convienen: “La cocina tampoco es aburridora. A mí la verdad no me da pereza, a mí me gusta” (Entrevista doña Olga, noviembre de 2024); “A mí me ha gustado toda la vida cocinar. Me encanta, me encanta” (Entrevista, doña Teresa, febrero de 2025). De hecho, destacan elementos que connotan una habituación de la cocina abierta: “Por ejemplo, mira que ahí [a la entrada de la cocina] tenemos un banquito” (Entrevista doña Teresa, febrero de 2025) (Ver figura 5).

Figura 5. *Banquito para permanecer en la cocina*



Fuente: archivo personal, febrero 2025.

Al ser la cocina un paisaje y un lugar sustentado en la organización y la riqueza temporal, confiere una cualidad existencial al sujeto de sensibilidad temporal, la cual se manifiesta en su atribución de duración y uso a los objetos, en su despliegue narrativo en el recuerdo, en su paladar instalado en el recetario tradicional, en su cuando menos parcial, reticencia por la adquisición de objetos más modernos y tecnológicos. Pensemos en un elemento común de algunas de las casas visitadas: la olla llena de aguapanela como despensa para cualquier momento del día, en especial el momento del café a la tarde, que da cuenta de la apertura temporal de la cocina.



En una de las casas, por ejemplo, se conserva la tradición de la receta de frijoles, a diario, justo a las seis de la tarde.

La consideración del tiempo no es un asunto menor. La optimización del tiempo puede ser entendida como un acoplamiento coherente con la totalización del tiempo del trabajo; no se reduce el tiempo de las distintas actividades sociales y domésticas para lograr un más prolongado descanso, sino para no interferir en el ritmo del tiempo del trabajo (Han, B. 2021): en la cocina se advierten también los cambios temporales a partir de un uso de los electrodomésticos: “Es que, los electrodomésticos muy bueno y todo porque es muy práctico y hace todo más rápido, pero no sabe lo mismo como cuando uno los hace así con tiempesito (...) y no los acosa” (Entrevista Doña Magdalena, noviembre de 2024). Asunto que llega a ser advertido por los cocineros y cocineras del barrio.

Se menciona con insistencia una sensación de “pérdida de las tradiciones” que se conecta con la “deslugarización” de la cocina, por cuenta de nuevas dinámicas económicas, de nuevos flujos mercantiles que vuelven a la comida objeto de ellos: “Ya las tradiciones están cambiando totalmente, ya a la gente no le gusta cocinar; como ya todo lo venden listo. Usted llama, ‘ay, me trae tal cosa’: a los diez minutos ahí está la comida”. Y acota: “claro que muchas veces es parte del trajín de la semana. ¿Por qué? Porque uno está cansado de toda la semana trabajar, también de levantarse a hacer comida” (Entrevista, don Guillermo, marzo de 2025). Dentro de los cambios cualitativos del capitalismo, Joachim Hirsch apunta a que, con el devenir del consumo masivo se implicó una “ampliación sistemática del mercado interno”, que produjo una objetivación de labores y tareas anteriormente caseras, como la producción de los bienes de subsistencia. Se trasladan para que formen parte del circuito de mercado, con lo cual “...el consumo de la clase trabajadora pasaría a ser él mismo parte del proceso de reproducción del capital” (1996. p. 87).

La pregunta por las rutas de los alimentos en el barrio también arrojó resultados interesantes. Da cuenta, en algunas casas visitadas, de un empeño por mantener una posible proximidad en la relación cosechero-alimento-cocinero⁶. Sobre el particular, en la casa de Carolina, ella comenta: “No es lo

mismo (...) ir a comprar, no sé, una lechuga allí en la revuellería, que uno sabe que la traen de la plaza, a irse a comprar de esas que ya vienen dizque ‘orgánicas’” (Entrevista Carolina, febrero de 2025). En la mayoría de las casas visitadas, la ruta de los alimentos procura, como se dice, una proximidad. Los trayectos de las personas que compran no salen del mismo barrio, en donde optan ir a lugares que les dan la sensación de frescura y campo en los alimentos. En las respuestas se sugieren las tiendas de barrio y las plazas de mercado (Placita de Flórez), en oposición a grandes almacenes de cadena y alimentos procesados, industrializados, y con el signo de la asepsia mercantil.

La percepción de la proximidad y la preferencia por los mercados y tiendas barriales se planteó como alternativa a la apariencia que prestaban algunos almacenes de cadena y justificaban su prestigio: “Cuando empezó el Éxito a vender mercado, la gente era feliz yendo al éxito. Pero más que todo pagaban caro era por la marca. En muchas partes se consigue barato y mejor que allá” (Entrevista don Omar, noviembre de 2024). Dentro de las respuestas a esta pregunta preponderaron los sitios barriales de comercio, seguían las plazas de mercado, y una familia sí afirmó mercar en el Éxito.

Conclusiones

Dado lo encontrado en la investigación, es posible hacerse a una comprensión del paisaje, el lugar y la cocina (la cocina como espacio de concertación de estos), como algo que se asume, es decir, una posibilidad política en la conversación con las nociones que insisten en el espacio como algo que concierne, como algo que no se ve desde afuera ni por apariencia, sino que se encarna y se construye. La fuerza de la narración, de la tradición en el recetario, el hacer y la añoranza que impregnan la cocina y le confieren su sentido la convierten en un lugar para una siempre posible posición ética y política.

Es importante recalcar que la dialéctica global-local no tiene garantías dadas de antemano a favor de una u otra; cuando menos, dependerá del sujeto que se asume y múltiples factores de su devenir y su grupo cultural. En la cocina se ve que

⁶ Para una conceptualización de la relación Cosechero/a-Cocinero/a, véase: Buitrago Gómez, A. y Echavarría, M. (2022). La soberanía alimentaria en la formación de un sujeto digno -la relación cosechero/a - cocinera/o como acción educativa pertinente

territorialmente en el corregimiento de Micoahumado- [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



a mayor edad y sedimentación de su condición temporal, tantas menores transigencias con objetos y materialidades, además de que empiezan a suceder activaciones de un paladar nostálgico, que recuerda y no quiere desasirse de sus marcos fijos de memoria y relato, de habituación e identidad.

Además, se puede establecer una argumentación que favorece una concepción integral del paisaje y lugar como experiencias sustantivas y singulares del ser humano en tanto ser espacial, encontradas en la cocina, que proponen por dar a la cocina este carácter. En efecto, se apunta aquí a una visión integral del paisaje, en tanto se concibe como manifestación integral del entramado significativo y simbólico de la cultura; luego sus sonidos, olores, sabores, materialidades, son ahí por el sentido de la coherencia que aúna la experiencia y la existencia espacial.

El paisaje es todo eso que se percibe en la totalidad manifiesta del espacio y se puede interpretar, sentir, mantener o transformar, y estos mismos elementos confieren a la cocina un sentido de lugar, que viene dado por la cultura y el *habitus* que supone, y por la vivencia del hogar que singularmente tienen las familias y las mujeres, que se lugarizan allí. Los elementos son significados coherentemente en un marco de comprensión y de tiempo, ahí adquieren su sentido: eso es paisaje. Un elemento refiere paisaje en la medida en que en sí mismo connota un ámbito espacial de la existencia, pues tiene un sentido correspondiente con el juego de las remitiencias. Existe entonces un diálogo inacabable, una justificación identitaria, temporal, que de lo cultural ingresa a la experiencia singular del hogar. En suma, de allí la importancia de analizar la cocina geográficamente.

Referencias bibliográficas

- Buitrago, A. y Echavarría, M. (2022). *La soberanía alimentaria en la formación de un sujeto digno -la relación cosechero/a -cocinera/ o como acción educativa pertinente territorialmente en el corregimiento de Micoabumado-* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/server/api/core/bitstreams/e0925ead-ba19-45d4-a965-02b465d2d8ad/content>
- Collignon, B. (2010). De las virtudes de los espacios domésticos para la geografía humana. En Alicia Lindón, Daniel Hiernaux. coords. *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*, 201-215. <https://n9.cl/o81x6g>
- Cosgrove, D. (2002). Observando la naturaleza: El paisaje y el sentido europeo de la vista. *Boletín De La Asociación De Geógrafos Españoles*, 34. 63-89.
- Delgado-Salazar, R. (2001). Comida y cultura: identidad y significado en el mundo contemporáneo. *Estudios de Asia y África*, 36(1), 83-108. <https://bibliotecadigital.udea.edu.co/server/api/core/bitstreams/e1392d8e-3536-4a85-92ff-93e787e4141d/content>
- Galeano, M. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Fondo Editorial EAFIT.
- Galeano M. (2018). *Estrategias de investigación social cualitativa, el giro en la mirada*. Fondo Editorial FCSH.
- Grisales, C. (2024). Mudanza de la comida-la cocina un territorio que se agita. En Ángela, G & Leonardo, J. Eds. *Cartografía social: minga de saberes y metodologías*. (pp. 150-175). Ediciones Unibagué, <https://doi.org/10.35707/9789587544305>
- Han, B. (2015). *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Herder.
- Hirsch, J. (1996). *Globalización, Capital y Estado*. Universidad Autónoma Metropolitana, DCSH/UAM-X, Unidad Xochimilco. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/dcsh-uam-x/20201026043214/Globalizacion-Capital-Estado.pdf>
- Lindón, A. (2006). Geografías de la vida cotidiana. En Alicia Lindón, Daniel Hiernaux. *Tratado de geografía humana*. pp. 352-400. Anthropos Editorial. <https://n9.cl/klx3n>
- Massey, D (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57, 2004 (77-84). <https://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000019/00000025.pdf>
- Nogué, J. (2007). *La construcción social del paisaje*. Biblioteca Nueva.



- Nogué, J. (2014). Sentido de lugar, paisaje y conflicto. *Geopolítica(s)*. vol. 5, núm. 2, 155-163. <https://core.ac.uk/download/pdf/38816118.pdf>
- Ramírez, B. R. y López, L. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio y lugar: la diversidad en el pensamiento contemporáneo*. UNAM, Instituto de Geografía: UAM, Xochimilco. <https://publicaciones.geografia.unam.mx/index.php/ig/catalog/view/19/101/311>
- Stake, R. (1998). *Investigación con estudio de casos*. Ediciones Morata S. L. Madrid.
- Tuan, Y. (1977). *Espacio y lugar: una perspectiva de la experiencia*.
- Varela, P. (2019). Hacia una definición prosaica del concepto de paisaje. *Anekumene*. N° 17. pp. 26-34. <https://revistas.upn.edu.co/index.php/aneukumene/article/view/12642/8903>